

Modas, figurines y remiendos. Adquisición de vestuario y trabajo artesanal femenino en tiendas de modista. Ciudad de Buenos Aires, 1851-1869

Gabriela Mitidieri¹

Resumen: El presente artículo aborda las prácticas de consumo de indumentaria femenina que llevaron adelante diferentes mujeres en la ciudad de Buenos Aires a mediados de siglo XIX. Se ocupa de distinguir el modo en el que la vestimenta cargó consigo marcas de desigualdad social y subalternización en donde relaciones de clase, raza y género aparecieron entrelazadas. A su vez, argumenta que la difusión de un ideal de elegancia a la última moda de París, hizo posibles experiencias de trabajo y de administración de establecimientos de modista por parte de artesanas europeas. Detrás de aquellas fachadas, este escrito busca reconstruir los servicios ofrecidos, el cotidiano laboral, arreglos de empleo y la pervivencia de procesos de aprendizaje del oficio abiertos a niñas. Al prestar atención a ciertas trayectorias de modistas a través del tiempo, muestro la continuidad de algunos de estos establecimientos a lo largo de más de dos décadas.

Palabras clave: Modistas, Trabajo Femenino, Ropas, Buenos Aires, Siglo XIX

Fashion, Costume Designs and Stitches. Purchase of Clothing and Female Artisanal Labor inside Dressmakers Stores. Buenos Aires City, 1851-1869

Abstract: This article addresses the practices of female clothing consumption by different women in the city of Buenos Aires in the mid-nineteenth century. We distinguish the way in which clothing carried marks of social inequality and subalternization where class, race and gender relations appeared intertwined. In turn, we argue that the diffusion of an ideal of elegance to the latest French fashion allowed experiences of work and management of dressmaker establishments by European artisans. Behind those facades, this essay seeks to reconstruct the services offered, daily work, employment arrangements, and survival of apprenticeship of trade open to girls. By focusing on certain trajectories of dressmakers through time, we show the continuity of some of these establishments over more than two decades.

Keywords: Dressmakers, Women's Work, Clothing, Buenos Aires, 19th century

¹ Licenciada y doctoranda en Historia - Universidad de Buenos Aires. Becaria doctoral CONICET. Instituto de Investigaciones de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. E-mail: gmitidieri@gmail.com. Orcid.org/0000-0002-0039-8720

Artigo recebido em: 31/08/2021

Artigo aprovado para publicação em: 25/09/2021

En el año 1851, la modista Madame Ana Zimmerman se encontraba al frente de una tienda en la calle Piedad, por la cual debía abonar anualmente un impuesto de \$180, tal como lo hacían otros artesanos y artesanas que ejercían su oficio en un local de pequeñas dimensiones². Oriunda de París, la mujer había arribado a la ciudad una década atrás, acompañada de Eugenia, su hija, que en aquel entonces contaba con tan solo un año de edad. Al ser censada en 1855, en la tienda y taller de la calle Piedad aparecían residiendo juntas Ana, de 30 años de edad; su hija Eugenia de 15; Leocadia, una niña de 9 años nacida en Buenos Aires, registrada como sirvienta y Adela Hots, una costurera parisina de 25 años, que vivía en la ciudad desde 1845³. La tienda de Ana se mantuvo abierta a lo largo de los siguientes años y figuró en los principales Anuarios y Almanques Comerciales de Buenos Aires⁴. El Primer Censo Nacional de 1869 registró a aquella modista y a su tienda. Eugenia, Leocadia y Adela continuaban residiendo y trabajando allí. Todas ellas declararon entonces la ocupación de modistas, dejando entrever que, en el transcurso de los años que mediaban entre el censo previo y aquel de 1869, habrían sido formadas en el oficio por Anita⁵. Experiencias como las de Madame Zimmerman se multiplicaron por la ciudad en las décadas de 1850 y 1860. Existieron tiendas administradas por mujeres con oficio de modistas, especialmente en calles aledañas a la Plaza de la Victoria y al antiguo Cabildo de la ciudad, en las que artesanas

² Archivo General de la Nación (AGN), Sala X 27-2-2. Padrón de los Establecimientos de las diversas casas de comercio, industria y profesión que pagan patente en el presente año de 1851, f. 8.

³ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de Catedral al Norte, Cuartel 3º, cédula 136 <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6SF3-KFN?i=135&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AMWQ9-521>

⁴ Ver *Anuario General de la Industria, de la Magistratura y de la Administración de Buenos Ayres, 1854-1855*, op.cit. p. 82 y *Almanaque Comercial y Guía de Forasteros para el Estado de Buenos Aires*. Imprenta de la "Tribuna", 1855, p. 118.

⁵ Primer Censo Nacional, 1869. Buenos Aires, Distrito Federal. Sección 1º Cédula 48. <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-XXFT-8?i=47&cc=1462401&personaUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AM4WH-NKZ>

de la costura –mayoritariamente europeas- confeccionaban a medida indumentaria femenina. Al igual que Zimmerman, estas modistas solían contratar a otras mujeres, organizaban el trabajo del taller y formaban en el oficio a aprendizas jóvenes. Se ocupaban de tomar medidas, realizar cortes de género, confeccionar las prendas, gestionar las ventas y llevar la contabilidad del lugar.

Estudiar sus experiencias laborales es una oportunidad para explorar el que fuera probablemente el único oficio con características artesanales abierto a mujeres en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX⁶. A su vez, argumento que indagar en sus trayectorias hace posible analizar el rol que jugó la avidez de consumo de indumentaria elegante entre las porteñas, para favorecer las iniciativas laborales de estas modistas y permitirles conducir sus negocios con amplios márgenes de autonomía. Aunque no todas compartieron la suerte y la estabilidad de Madame Anita, busco mostrar en este artículo que existieron diversas maneras de encontrar ocupación como modista en el período analizado.

En el año de 1851, en el mismo registro impositivo en el que apareció mencionada la tienda de Ana Zimmerman, se listaron los establecimientos de otras dieciocho modistas en la ciudad. Durante la década de 1850, alrededor de trece modistas ofertaron regularmente en los avisos clasificados de *El Nacional* sus servicios⁷. En 1869, el Primer Censo Nacional contabilizó en la ciudad las tiendas de 194 modistas⁸.

⁶ Una versión preliminar de este escrito puede encontrarse en el capítulo 4 de mi tesis doctoral en proceso, *Trabajadoras y trabajadores de las ropas: arreglos laborales, redes migrantes y conflictos por derechos*. Buenos Aires, 1848-1870. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2021.

⁷ Ver *El Nacional*, Modista Eugenia Costa, calle San Martín 98, 23/10/1854; Modista Madame Perret-Collard, Perú 50, 9/10/1855; Modista de Milán, Calle del Parque 148, 21/1856; Victorina Jammes Tienda de Modas, Victoria 47, 15/3/1856; Madama Emilia, Cuyo 162, 25/4/1857; Casa de Modistas, Rivadavia 229, 5/9/1857; Modista española Segunda San Martín, Piedad 212, 7/10/1857; Madame Barsac Modista Tienda del Globo Verde, Piedad 212, 2/12/1857; Modista y costurera europea Doña Dolores Moreno, Merced 78, 10/4/1858; Madame Ana, Perú 108, 7/5/1858; Modista española, Piedad 193, 16/9/1858; Madama Ana Novedades de París, Perú 148, 19/5/1859; Se vende la tienda de modista de la difunta Sra. de Noceti, Victoria 254, 15/6/1861.

⁸ Este número superaba en cantidad al existente contemporáneamente en algunas ciudades europeas. En el año de 1863 había en Barcelona 43 Casas de Modas y 33 modistas. Casal-Valls, Laura. “Las modistas catalanas: del anonimato a la plenitud”. En Campi, Isabel y Ventosa, Silvia (coords.) *Nombres en la sombra: hacia la deconstrucción del cánón en la historia de la moda y el textil*. Ed. Museo del Diseño de Barcelona. Fundación Historia del Diseño, 2019.p.65

72 de ellas residían en las parroquias de Catedral al Norte y Catedral al Sud, las dos parroquias adyacentes a la Plaza de la Victoria y, entre ellas, al menos 33 eran de origen francés, como Zimmerman y su hija⁹. Detrás de estas cifras, más allá de las vidrieras de las tiendas, este escrito se propone dar cuenta de los servicios ofrecidos por aquellas mujeres, describir los arreglos laborales que las involucraron, reconstruir la organización cotidiana del trabajo femenino en el taller e indagar en las formas de ingreso y aprendizaje del oficio de las niñas y jóvenes que fueron tomadas a su cargo.

En Argentina, la historiografía que se ocupó del trabajo femenino no analizó en profundidad la experiencia de modistas como Ana, Eugenia, Adela y Leocadia. Esto tal vez esté relacionado con dos factores: la escasa presencia de investigaciones sobre artesanado y, en paralelo, la atención concentrada en el trabajo textil femenino entre fines de siglo XIX y comienzos del XX, donde la presencia de mujeres dedicadas a la costura se encontraba vinculada a la expansión de la actividad industrial (NARI, 2001; LOBATO, 1995, 2007; PASCUCCI, 2006). Las modistas de Buenos Aires aparecieron, en ocasiones, aludidas en diferentes pesquisas recientes sobre estudios de moda y consumo de vestimenta femenina en el siglo XIX (ROOT, 2014; HALLSTEAD, 2015; HALLSTEAD Y ROOT, 2018; MOREYRA, 2018; LEONARDI Y VAISMAN, 2017; MARINO, 2013). Pero sus trayectorias, arreglos laborales, condiciones de trabajo y formas de transmisión del oficio, entre otras cuestiones específicas del desarrollo de la actividad de modistería, no hicieron parte de las dimensiones de análisis de dicha línea historiográfica. Es por ello que este artículo busca entrar en diálogo con estudios

⁹ En el libro *La ciudad de Buenos Aires y sus habitantes. 1860-1870* de Jorge F. Lima González Bonorino fueron transcritas las cédulas del censo de 1869 para las parroquias de Catedral al Norte y Catedral al Sud (Bonorino, 2005). Allí se contabilizaron 72 modistas de las cuales 31 declaran origen francés. Otras dos mujeres, Emilia Samborain o Samborail y Victorina Jammes no figuraban con su origen nacional, pero al haber sido censadas en 1855 aparecieron como francesas. Ver libro digital en https://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/documents/la_ciudad_de_ba_y_sus_habitantes.pdf y cédulas censales de 1855 de Jammes y Semborain en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6X73-Z9?i=18&personUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AMW3B-3CW> y <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6X73-Z9?i=18&personUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AMW3B-3CW>

específicos sobre experiencias laborales de modistas en otras latitudes, cuyas preguntas e inquietudes resuenan en mi propia investigación.

La historiadora Susan Ingalls Lewis (2005), en su estudio sobre las modistas de Albany, Nueva York, a mediados de siglo XIX, indagó en las trayectorias de mujeres que sostuvieron sus negocios de confección y venta de indumentaria femenina. Al interrogarse por ciertas divisiones analíticas que compartimentaron en diferentes porciones esta actividad laboral femenina, concluyó que se hacía necesario volver más permeables tanto las fronteras de lo que era entendido por negocio y por trabajo (business / labor), como aquellas que segmentaron de modo tajante la esfera del trabajo doméstico y de la actividad comercial o del trabajo que se retribuía con dinero. Se trataba de mujeres que dirigían tanto el taller como la tienda, que a menudo vivían en el mismo lugar en el que trabajaban, que entrenaban aprendizas con quienes también podían convivir, que empleaban fuerza de trabajo familiar y que combinaban tareas domésticas con actividades comerciales a lo largo del día. Este *continuum* entre capital y trabajo, entre el hogar y el mercado, entre la administración de la tienda propia y la auto-explotación, entre el salario y los vínculos de dependencia es una característica compartida por muchas de las experiencias que se analizarán en este estudio.

La historiadora Clare Haru Crowston exploró en diferentes estudios la creación y consolidación del gremio de *couturières* en el último tercio del siglo XVII en Francia (CROWSTON, 2000; 2001). Crowston mostró los esfuerzos de aquellas modistas para conseguir establecer una corporación artesanal propia frente a aquella de los sastres –quienes hasta entonces se atribuían el monopolio de la actividad de confección. Esto se volvía evidencia del carácter histórico, no natural, ni universalmente extendido, del trabajo de la aguja como trabajo femenino. La historiadora Judith Coffin puso de relieve, que, al extenderse la industrialización de la actividad en París, el nombre de *couturières* designaría también a trabajadoras de la aguja que coserían por pieza desde sus domicilios, promediando el siglo XIX (COFFIN, 1996). Los aportes de estas dos historiadoras resultan claves para iluminar la historia de formación artesanal a la que

podieron haber estado expuestas las modistas francesas que arribaron al país en el período estudiado. Mostraron también la fragmentación del oficio, las nuevas oportunidades y desafíos que presentó a estas artesanas el avance de las relaciones capitalistas de trabajo, aportando elementos para indagar en la experiencia particular de modistas en Buenos Aires.

Existen investigaciones que concentraron su foco en la labor de modistas y costureras entre fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX en ciudades latinoamericanas como Bogotá (TRIANA MORENO, 2012) y Ciudad de México (VIALLI ÁVILA, 2020). Joana Monteleone (2013) realizó una reconstrucción de las formas de valorar, adquirir y confeccionar vestimenta elegante durante el reinado de Pedro II, en la ciudad de Río de Janeiro. Analizó el auge de la confección artesanal a cargo de modistas, en su mayoría francesas. El proceso de contratación de servicios de estas mujeres comenzaba con la selección de figurines impresos en publicaciones importadas que las modistas tenían en sus tiendas, de modo semejante a lo que ocurría contemporáneamente en la ciudad de Buenos Aires.

Al igual que los estudios históricos mencionados, el presente artículo sustenta su reconstrucción en el análisis de una diversidad de fuentes: censos de población, registros impositivos, almanaques y anuarios comerciales, publicaciones realizadas por y para mujeres como *Álbum de Señoritas* (1852), correspondencia entre una de las fundadoras de la Sociedad de Beneficencia, María Sánchez de Thompson, y su hija Florencia, avisos clasificados, notas periodísticas, crónicas de viajeros y viajeras extranjeras, memorias y biografías de políticos y escritores de la época, denuncias policiales y pleitos judiciales.

Esta contribución busca indagar en diferentes dimensiones de la experiencia laboral de modistas en la ciudad. Para hacerlo se organiza de la siguiente manera: en un primer momento, reconstruyo las prácticas ligadas al consumo de indumentaria femenina que favorecieron la expansión de iniciativas laborales de modistas francesas. Luego, analizo sus tiendas como espacios de trabajo femenino. Describo los distintos

arreglos laborales en los que estas artesanas se encontraron involucradas y que les permitieron establecer sus talleres, muestro los productos y servicios ofrecidos, la contratación de mano de obra femenina y la organización de la producción. Centro la mirada de manera específica en el aprendizaje del oficio que puso en relación a maestras modistas con niñas y jóvenes aprendizas porteñas y me interrogo por la continuidad del oficio en el período estudiado. Por último, me interrogo sobre algunos aspectos de su vida cotidiana por fuera del taller y por el modo en el que las mutaciones que tuvieron lugar en la ciudad a fines de la década de 1860 pudieron haber incidido en sus formas de ocio y diversión.

“Tanta elegancia y fantasía”. Consumo de ropa elegante en Buenos Aires

“Los franceses vinieron muy tarde; los primeros buques en el año 1818. Ellos trajeron las cosas de lujo, de modas.” Mariquita Sánchez de Thompson, *Recuerdos del Buenos Ayres virreinal*¹⁰.

En el año de 1860, una ya anciana María “Mariquita” Sánchez hacía un repaso por su infancia y juventud, con el objeto de dejar por escrito algunos rasgos de aquella ciudad colonial en la que había crecido. Se trataba de una serie de escritos que Sánchez redactó para su joven amigo Santiago Estrada, quien solía preguntarle por el pasado de Buenos Aires. Comentaba allí que, desde muy pequeñas, las niñas que podían asistir a las pocas escuelas privadas de Buenos Aires, adquirirían nociones de costura que les permitían realizar remiendos y dedicarse al arte del bordado (THOMPSON, 2010: 124). En materia de moda, habría que esperar a la llegada de aquellos franceses que arribaron a fines de la década de 1810, para acceder al consumo de ciertas prendas elegantes¹¹. Hasta el momento, los escasos sastres que existían “eran lo más malo” y por

¹⁰ Sánchez de Thompson, Mariquita. *Intimidad y política. Diario, cartas y recuerdos*. Edición crítica de María Gabriela Mizraje. Ed. Adriana Hidalgo, 2010, p. 150.

¹¹ El historiador Hernán Otero señala que es posible rastrear un flujo migratorio francés consistente que comienza luego de la creación del Virreinato del Río de la Plata. La presencia de combatientes franceses

eso casi nadie podía permitirse andar bien vestido (THOMPSON, 2010: 129). La investigadora Graciela Batticuore señaló que la mirada sombría de Sánchez sobre aquel pasado colonial buscaba poner de relieve el contraste que abriría para esa mujer no sólo la revolución de mayo, si no también previamente, la llegada de los ingleses en las invasiones de 1806 y 1807 (BATTICUORE, 2011: 32-37). De acuerdo a María, haciendo alusión a los productos importados que llegaron con ellos, habían sido responsables de introducir “el amor al confort” (THOMPSON, 2010: 150).

Para la década de 1830, ya era posible encontrar alrededor de treinta sastres y nueve modistas ofreciendo sus servicios en la ciudad¹². Los apellidos de aquellas artesanas listadas en el Almanaque de Comercio de la ciudad de Buenos Aires revelaban o bien un origen francés o una voluntad de presentarse a sí mismas como artesanas elegantes que podían proveer lo mejor del lujo parisino. *Madame* Felicie, Fleury, Fonrouge, Marie, Mariette, Pirion y Topart habían montado sus tiendas en el centro porteño y, de seguro, habrían sido visitadas en más de una ocasión por Mariquita. Esta presencia de modistas francesas tal vez hubiera sido útil para la inserción en la ciudad de artesanas arribadas en la década de 1850 como Zimmerman. Por aquel entonces, las redes laborales cumplieron un rol en el fomento inmigratorio francés semejante a las organizadas por vínculos familiares o de paisanaje (OTERO, 2012: 169; MASSÉ, 2008: 336-360).

Mientras estableció su residencia en Montevideo, y durante el lapso de un breve viaje que emprendió hacia Río de Janeiro, María Sánchez Thompson de Mendeville mantuvo una fluida correspondencia con su hija Florencia, quien permanecía en Buenos Aires. Entre intercambios acerca de la situación política en ambas ciudades y puesta en orden de los negocios de la familia, la mención a la moda, la afición por los vestidos y

en la defensa de la ciudad de Buenos Aires durante las Invasiones Inglesas sería indicio de su arraigo. Crisis políticas en el país de origen tras la Revolución Francesa, conflictos bélicos, la derrota del proyecto napoleónico hacia 1815 pueden haber estado entre los factores de expulsión. También en la década de 1820, durante el gobierno de Bernardino Rivadavía, se llevó adelante un fomento específico de la inmigración de origen galo. (Otero, 2012: 110-111).

¹² Blondel, J.J.M. *Almanaque de comercio de la ciudad de Buenos Aires para el año de 1830*, p. 124 y 132-133.

el pedido de envío de géneros comprados en tiendas porteñas, eran recurrentes en las cartas que se escribían. No se trataba tan solo de un paréntesis frívolo. Vestirse como mujeres elegantes permitía aparentar una riqueza que ya no era la misma de antes (BATTICUORE, 2011: 274-278) . El análisis de tales menciones aporta, entonces, indicios para reconstruir cómo ciertas mujeres porteñas de buena posición social –aunque no exentas de atravesar dificultades financieras- conseguían renovar su vestuario regularmente.

En enero de 1843, María le escribió a Florencia pidiendo que esta le comprase “una pieza de género de hilo” porque necesitaba con urgencia para camisas “y es preciso hacerlas hacer”¹³. Allí se evidenciaba que ciertas telas no podía conseguirlas Mariquita en Montevideo, ya que la ciudad se encontraba sitiada por el General Manuel Oribe, líder de la facción de los colorados, a raíz del conflicto bélico entre blancos y colorados. Por ello, Florencia debía enviarle un corte de aquel género que luego su madre llevaría a una modista en la ciudad en la que residía.

Sánchez también contaba con algunas habilidades de costura, aprendidas de niña, de las cuales hacía uso para componer accesorios y prendas de vestir. Previo a su viaje a Río de Janeiro, en una carta fechada el 18 de julio de 1844, le rogó a su hija que le enviase dos varas de cintita morada para arreglar un bonete y también un viejo vestido cuya tela podía servirle para usar de forro, tal vez de un abrigo que mandara a hacer.

“Con lo que tengo, compondría un bonete bien pero esto no es antojo: mis dos bonetes de cinta están ya sucios porque aquí se recibe todo el día. Tengo que hacerlos lavar y esta cintita es tan linda y con un poco más compondría uno muy bien. Si está allá un vestido viejo de fular, mándamelo también porque me servirá para un forro y a tí no te serviría por el color.”¹⁴

Durante su viaje a Río de Janeiro, el febrero de 1847 le hizo llegar una carta a Florencia contándole de un casamiento al que había tenido oportunidad de asistir. Allí le

¹³ Sánchez de Mendeville, María, *Cartas a Florencia Thompson de Lezica / 1839-1843*, disponible online en <https://biblioteca.org.ar/libros/8711.pdf>, carta XX, p. 19.

¹⁴ Sánchez de Mendeville, María, *Cartas a Florencia Thompson de Lezica*, disponible online en <https://biblioteca.org.ar/libros/8710.pdf>, carta VII, 18/7/1844, p. 8-10.

refirió que había visto a la novia, “dicen que es linda (...) tiene buen cuerpo, cosa muy general aquí porque hay buenas modistas, hacen bien los corset y los vestidos y esto es mucho.”. María ponía de relieve en su epístola la consideración de que la belleza de una mujer podía, no ya ser realzada, si no directamente “construida” por la habilidad de una modista con talento para fabricar bellos vestidos y buenos corsets.

De regreso en Montevideo, hacia 1854, Florencia le envió a su madre un vestido de regalo.

“El vestido lo miro y lo toco, pareciéndome un sueño que sea para mí, pero para que el gusto no sea completo no sé lo que me cuesta y estoy asustada si habrás despilfarrado (...) Es divino. Miles de gracias.” (Thompson, 2010: 274)

El entusiasmo de la mujer por la prenda nueva aparecía, de todos modos, opacado por el temor de que su valor hubiera sido muy elevado. Dispuesta a tomar decisiones para que tal compra no complicara la economía familiar, en una siguiente carta le hizo saber a su hija que vendería todos sus vestidos viejos. “Así será más suave la cosa, ¡qué calidad! Es dinero bien dado.” (THOMPSON, 2010: 277)

Otra habilidad de costura, en este caso el bordado, aparecía en el intercambio epistolar de Mariquita. Pero esta vez, no sólo como mención, sino como objeto material, como pieza afectuosa, confeccionada con esfuerzo, de parte de su nieta Florencita. En noviembre de 1851, la abuela conmovida respondía al regalo de la niña con la siguiente carta:

Querida Florencita: ¡Cuántos progresos, hijita mía, en estos meses de ausencia! Tu letra me ha sorprendido, ¡Qué bien escribes! ¡Y qué primor de bordado! ¡Qué bien sombreado, qué buen gusto, qué elegante! Lo que siento es que hayas trabajado una cosa tan fina, que esto es muy nocivo para la vista. Yo no necesitaba esta prueba de tu cariño para estar cierta de él¹⁵.

Una vez regresada a Buenos Aires y ya al frente de la Sociedad de Beneficencia, Mariquita y el resto de las socias se ocuparon de continuar fomentando en las instituciones que administraban las labores de aguja para niñas y jóvenes. Se acostumbraba que aquellas alumnas tanto de las escuelas públicas como del colegio de

¹⁵ Ibid. noviembre, 1851, p. 310.

huérfanas y también las mujeres internadas en el Hospital para Mujeres Dementes, produjeran anualmente “obritas de manos” y “labores” para las rifas que las socias organizaban¹⁶. Lo recaudado servía para costear remodelaciones edilicias y otros gastos menores de la Sociedad. En las rifas, solían exhibirse “elegantes almohadones, camisas bordadas ricamente, lindas carteras, relojeas y otras chucherías de manos, cofias, batas y colchas y otros objetos de lujo y adorno”¹⁷.

Al analizar de conjunto las diferentes evidencias sobre moda y costura en las cartas entre Mariquita y Florencia, es posible observar que mujeres de la élite porteña solían contratar modistas para la confección de ciertas prendas y que cuando el valor era elevado, para estar a tono con las últimas tendencias, podían vender sus antiguos vestidos o volver a usar los géneros para una nueva confección. Las habilidades aprendidas en materia de costura resultaban útiles para ocuparse de pequeños arreglos y composturas que embellecerían piezas muy usadas. A su vez, el bordado aparecía como una actividad femenina, aprendida de niñas, que permitía elaborar piezas cargadas de afecto familiar que acompañaban las cartas al cruzar el río. Y también resultaban un rasgo de virtud industriosa que permitiría que ciertas jovencitas que asistían a instituciones estales de mujeres pudieran ganarse la vida a través de una habilidad de costura en el futuro.

Publicaciones a la moda

A la caída del gobierno provincial de Juan Manuel de Rosas en 1852 le sucedió una expansión notable de la actividad periodística y una proliferación de nuevas publicaciones. El historiador Alberto Lettieri documentó que entre 1852 y 1861, 163 publicaciones comenzaron su actividad. Los cuatro diarios bonaerenses de mayor envergadura fueron *El Nacional*, *Los Debates*, *La Tribuna* y *El Orden*, siendo el

¹⁶ Ver menciones a las rifas de labores organizadas por la Sociedad de Beneficencia en *El Nacional*, 25/7/1855, p. 3; 27/8/1855, p. 1; 2/6/1856, p. 2; 14/9/1857, p. 2; 10/7/1858, p. 2; 20/7/1858, p. 2; 6/9/1858, p. 3; 22/9/1858, p. 3; 2/6/1860, p. 3; 5/6/1861, p. 3.

¹⁷ “Rifa del colegio de huérfanas”, *El Nacional*, 29/8/1856, p. 2.

primero el de mayor duración en el tiempo (1852-1899) (LETTIERI, 2005: 104). A su vez, esta publicación contaba con una sección regular en su primera página que llevaba el nombre de "Modas de París", "Revista de Modas, Salones y Teatros" o simplemente "La Moda" en donde se describía puntillosamente lo último en materia de tendencias de vestuario y accesorios en los salones parisinos¹⁸.

En 1854, en el primer número de su revista, *Álbum de Señoritas*, Juana Manso comentó los proyectos a futuro que auguraba para su publicación femenina¹⁹. En aquel flamante periódico, la editora no ahorró críticas a la costumbre que imperaba entre las mujeres porteñas de imitar la moda parisina. Tal vez por ello, comentaba su intención de, en un futuro cercano, a través de un pequeño aumento en el precio, ofrecer a sus lectoras además de las notas y fragmentos literarios, "figurines, moldes de vestidos, dibujos y músicas"²⁰. En ese mismo número, Anarda, su corresponsal de modas, argumentaba que seguir las modas de París además de impedir la creatividad y la libertad de invención, generaba un obstáculo insuperable en eso de vestirse siempre "en Diciembre por los figurines de Agosto"²¹. La cronista hacía alusión a la oposición de las estaciones entre hemisferios, además de las demoras en los arribos de publicaciones importadas con sus correspondientes figurines, que ilustraban los vestidos "a la última moda de París" y que luego serían copiados por las modistas de la ciudad. No obstante, el número 2 del *Álbum* acompañaba a Anarda, de paseo por la tienda del Señor Iturriaga y por el Salón de Modas de las Señoritas Juvín. Aquella mujer describía su fascinación al entrar en esos establecimientos, aunque no se privaba de expresar cierta tristeza por lo

¹⁸ Ver por ejemplo, *El Nacional*, 2/6/1858, 3/7/1858.

¹⁹ Las inquietudes de Manso acerca de la emancipación femenina y el lugar ambivalente que el consumo podría tener en ella se plasmaron en sus diferentes publicaciones. Previo al *Álbum*, mientras residió en la ciudad de Río de Janeiro con su marido, publicó *O Jornal das Senhoras*. De acuerdo a la investigadora Bárbara Figueiredo Souto, dicha revista incluyó figurines de moda y una columna escrita por una corresponsal desde París. Esto resultaba evidencia de la circulación transatlántica de los impresos de moda parisina (Souto, 2019: 103-104) Ver también, Hallstead, 2015.

²⁰ Manso Juana, *Álbum de Señoritas. Literatura, modas, bellas artes y teatros*. Tomo 1, núm. 1, 1/1/1854, p.1.

²¹ Ibid. p. 5. La historiadora Susan Hallstead sostuvo que Anarda habría sido un alias con el que firmaba la propia Juana Manso. En su artículo refirió que la investigadora Elvira Arnoux, por su parte, consideraba que se trataba de una escritora de la que nunca se conoció su verdadera identidad. Ver Hallstead, 2015: 83 y Arnoux, 1998.

elevado del costo de las prendas y accesorios que allí se ofrecían:

¡Qué pena, amiga mía, no tener la casa de moneda a mi disposición! ¡Cuantos sacrificios me impone la amistad de ud.! Quiere ud. saber lo que siento en medio de ese Oceano de riquezas de la tienda del Sr. Iturriaga!... Qué vestido de gasa chinesca! qué vestidos de brocato, y otros bordados, y de guardas de colores! Ay qué tentacion Dios mío! qué manteletas blancas, con blondas y flores de colores! qué espumillas de la China! cuanta clase de manteletas, de géneros nobles, de atavios para las novias... Salí de casa del señor Iturriaga con toda la sangre en la cabeza!... soy muy propensa a los arrebatos!²²

La tienda de Iturriaga aparecía en el Anuario Comercial de ese año en un listado de casas de consignación²³. Este tipo de establecimiento se especializaba en ofertar bienes importados como los que apreció la corresponsal de modas en su paseo. La muchacha se dedicó a admirar aquellos artículos de lujo entre los que se distinguían atuendos femeninos finos y elegantes, pero que no eran confeccionados a medida. Se trataba de una clase de ropa hecha que, a juzgar por la reacción de Anarda, eran prendas de elevado valor.

Al entrar luego a la tienda de las señoritas Juvin, la cronista comentaba que las propietarias esperaban equipar su salón con dos espejos, además de los ya existentes, “magníficos, de dimensiones colosales” y también embellecer las vidrieras con cortinas de terciopelo y seda.

“Agregue Ud. que las dueñas del establecimiento tienen suma amabilidad y a juzgar por lo que hemos visto, feliz será la dama que se haga vestir por ellas. Nuestra sociedad fashionable frecuentará sin duda el salón de modas, el más elegante que se haya abierto en Buenos Aires.”²⁴

Este local parecía haber sido recientemente instalado. Y, a juzgar por las inversiones que planeaban las dueñas, se trataría de un emprendimiento comercial rentable, gracias a las frecuentes visitas de las elegantes porteñas.

Tiendas como aquellas publicaron anuncios en las páginas de *El Nacional* ofertando sus servicios y producciones. En algunas podía adquirirse solamente vestuario

²² Manso, Juana. *Álbum de Señoritas*. Tomo I, núm.2, 8/1/1854, p.13.

²³ *Anuario*, op. cit., p. 130.

²⁴ Ibid.

importado, mientras que en otras resultaba un complemento a los trajes confeccionados a medida por la modista del lugar²⁵. Arribaban a diario paquetes desde Francia que ponían a disposición de las damas, gorras y sombreros, corsés, cintas y adornos para el cabello, guantes, abanicos y pañuelos²⁶. En las tiendas en las que se ofrecían atuendos fabricados localmente, solían importarse, de todos modos, revistas de moda europeas. A partir de los figurines y patrones que acompañaban las mismas, se le prometía a la clientela femenina la posibilidad de imitar aquellos lejanos y elegantes atuendos²⁷.

Además de las lógicas variaciones de indumentaria acorde a los cambios de estación invierno-verano, y a las nuevas tendencias de la moda, muchas tiendas de modista al aproximarse las fechas de Carnaval, ofertaban también trajes de máscaras para comprar o alquilar. La modista francesa *Madame Perret-Collard*, anticipándose a los carnavales de febrero de 1857 comunicaba en enero a sus clientas que se encontraba confeccionando trajes especiales “para el principio de la estación de los bailes de máscaras, tan de moda en toda la mejor sociedad de Paris, y que permiten tanta elegancia y fantasía”²⁸.

En ciertas librerías de la ciudad, el gusto por el lujo francés también encontraba lugar en la oferta de revistas importadas dedicadas especialmente al tema. En 1856, la Librería Española de Real y Prado, en la esquina de las calles Santa Rosa y San Francisco, publicaba un aviso comentando que en su local podía encontrarse el Boletín de modas “con figurines de trajes, patrones y dibujos para bordar. Grabados e iluminados en París”²⁹.

En roperías de la ciudad era posible adquirir prendas en talles estandarizados,

²⁵ Ejemplos de modistas que ofertaban artículos importados de París y además confeccionaban vestidos a medida pueden encontrarse en los siguientes avisos publicados en *El Nacional*, “Mme. Luisa”, 27/3/1855, p. 3; “A todas las Sras. elegantes de Buenos Aires. Mme. Perret-Collard”, 17/10/1855, p. 3; “Una señora modista recién llegada de Milán”, 21/1/1856, p. 3; “Nuevos gustos. Acreditada fábrica de modas”, 2/7/1856, p. 3.

²⁶ Aviso publicado por Madame Victorina Jammes en *El Nacional*, 23/6/1860, p.3.

²⁷ Aviso tienda de modista Rivadavia 229, confección a partir de figurines importados. *El Nacional*, 5/9/1857, p.3. Ver también “Nuevos gustos. Acreditada fábrica de modas”, 2/7/1856, p. 3.

²⁸ *El Nacional*, 12/1/1857, p.3.

²⁹ *El Nacional*, el 17/9/1856, p.3.

elaboradas con textiles de menor calidad a precios accesibles, mientras que en casas de empeño podía comprarse indumentaria usada³⁰. Existieron también tiendas de modista que ampliaron su oferta para cubrir la demanda de otras mujeres además de aquellas que podían costearse un traje a medida. Solían subrayar en sus anuncios que en sus tiendas podían encontrarse tanto artículos importados y confecciones “a la última moda” como vestidos “más baratos que en cualquier otra parte”³¹. La modista española Doña Segunda de San Martín avisaba en un anuncio que habiendo cerrado la anterior tienda en la que trabajaba, ofrecía ahora sus servicios en un nuevo local en el que sus clientas podrían encontrar también un “baratillo” o artículos en liquidación de su viejo establecimiento. Otra modista del mismo origen señalaba en un aviso que en su local “se hacen miriñaques de ballena, de junco y de alambre de todos los tamaños”³². El miriñaque, ese complemento del vestido que lograba mantener “acampanado” el ruedo, podía así ser adquirido por mujeres de menores recursos, elaborado con materiales más accesibles. En los años 1857 y 1858, diferentes notas periodísticas del diario *El Nacional* se hicieron eco de la afición de las porteñas por este accesorio y opinaron acaloradamente sobre lo pernicioso de su uso³³. También eran habituales las críticas de cronistas de aquel diario tanto en relación a la ropa de mujeres trabajadoras pobres como acerca de los vestidos o muy lujosos o muy modestos de las elegantes porteñas en

³⁰ Dos de las principales roperías fueron la del empresario Cayetano Descalzo y la de Jorge Temperley. Ver avisos de Temperley en *El Nacional*, 24/10/1854, p. 3; 22/12/1854, p. 3; 26/4/1855, p. 3; 26/11/1855, p. 3; 12/2/1856, p. 3; 1/10/1856, p. 3; 29/10/1856, p. 3; 23/4/1857, p. 3; 4/12/1857, p. 3; 7/10/1857, p. 3; 13/4/1858, p. 3; 7/5/1858, p. 3; 12/6/1858, p. 3; 14/9/1858, p. 3; 28/9/1858, p. 3; 11/10/1858, p. 3; 30/11/1858, p. 3; 15/12/1858, p. 3; 12/4/1859, p. 3. Ver avisos de Descalzo en *El Nacional*, 5/12/1855, p. 3; 20/3/1857, p. 3; 7/4/1859, p. 3; 13/7/1859, p. 3; 27/7/1859, p. 3; 6/10/1859, p. 3; 10/4/1860, p. 3; 14/9/1860, p. 3

³¹ Ver por ejemplo los anuncios de las modistas Madame Barsac, *El Nacional*, 2/12/1857, p. 3 y de Mme. Victorina Jammes, *El Nacional*, 12/11/1857, p. 3.

³² *El Nacional*, 16/9/1858, p.3.

³³ Sobre esta moda *El Nacional* publicó distintas notas protestando por el volumen que adquirían los vestidos y la consiguiente incomodidad para la circulación por las veredas que ocasionaban las mujeres que los usaban: “Crinolinas y Miriñaques”, 6/8/1857 p.3, “Los Miriñaques”, 13/8/1857, p.2, “La lógica y los miriñaques”, 16/10/1857 p.2, “Los postes y los miriñaques”, 17/10/1857, p.2; “El ampuloso miriñaque”, 21/10/1857, p.2; “El miriñaque. Bajo el punto de vista social, económico, higiénico y ornamental”, 24/10/1857, p.2.

“salones de sociedad”³⁴.

No sólo en la prensa eran vertidos juicios sobre la vestimenta de las mujeres. En las calles de la ciudad, en ocasiones, podía adoptar la forma de confrontación violenta. El 4 de febrero de 1852, un día después de la derrota de Juan Manuel de Rosas en la Batalla de Caseros, se registraron disturbios generalizados en la ciudad de Buenos Aires³⁵. Tropas de soldados leales al ex gobernador habrían provocado desórdenes y fomentado el saqueo de distintos negocios y tiendas de la ciudad, al irrumpir durante la madrugada y forzar las puertas de aquellos locales. Las tiendas de ropa y géneros fueron uno de los principales blancos del saqueo. Durante el día miércoles 4 y el jueves 5, fuerzas militares y policiales opositoras al rosismo buscaron detener a todo sospechoso y sospechosa de haber participado en los hurtos. Juliana Marques, porteña de 25 años, registrada como parda y perteneciente a la Sociedad Africana Mozambique fue una de las detenidas³⁶. Relató haber sido interceptada junto con su abuela por “una patrulla de extranjeros armados” que las atajaron diciendo “estas también son ladrones”, fijándose en el pañuelo de rebozo de algodón con que venían tapadas. Las mujeres se defendieron argumentando haberlo comprado en una tienda en la calle Federación y precisando el precio que por él habían pagado. Sin embargo, aquellos hombres no creyeron en su palabra y las mujeres fueron conducidas a la cárcel pública³⁷. Allí permanecieron hasta fines de ese mes, hasta que el presidente de la Sociedad Mozambique, Martín de Larrasmendi, intervino y demandó por su libertad, la que finalmente consiguieron³⁸. Analizar este legajo permite entrever las formas en las que se juzgaba el uso de ciertas

³⁴ Ver por ejemplo *El Nacional*, “Lujo y elegancia”, 26/9/1856, p. 3; “El traje de las señoras”, 19/6/1857, p. 3; “Bueno para las elegantes”, 11/2/1858, p. 2; “Coquetería y coquetismo”, 23/10/1858, p. 1.

³⁵ Acerca del episodio, ver Di Meglio, Gabriel, 2017.

³⁶ A mediados de siglo XIX había en la ciudad alrededor de veintiséis sociedades africanas diferentes. Velaban por el bienestar material de sus miembros, quienes tenían en común ser de ascendencia africana, y realizaban bailes regularmente. En su estatuto, la Sociedad Abayá señalaba en 1855 que dicha asociación se hizo “con el fin de auxiliarnos y favorecernos recíprocamente en los casos de enfermedad o muerte de cualquiera de los socios como también de divertimos reunidos en los días festivos, nos hemos congregado un número crecido de personas de ambos sexos de color y dispuesto de un capital suficiente a los objetos de la institución”. AGN, Sala X, 31-11-05. “Sociedad Nación Abayá”.

³⁷ 1852 Policia X 33-7-9 f.56

³⁸ 1852 Policia X 33-7-9 f.72.

prendas por parte de mujeres trabajadoras pobres, quienes además es posible que fueran señaladas en tanto que mujeres negras. Quienes las detuvieron dieron por descontado que no correspondía que ellas vistieran tales prendas. No existía un código que explícitamente vedara el uso de las ropas que Juliana y Francisca portaban, pero se trataba de señalamientos que contaban con el suficiente consenso entre esos hombres como para funcionar como evidencia de su culpabilidad. Relaciones de género, raza y clase incidían en la forma en la que eran leídas la ropa de las mujeres de la ciudad.

En la Buenos Aires de mediados de siglo XIX, existieron distintas formas de adquirir indumentaria femenina. Mientras algunas pocas pudieron permitirse costear los servicios de una modista o hacerse traer vestidos importados directamente desde Europa, otras mujeres, trabajadoras pobres, adquirieron sus prendas en tiendas de ropa hecha o en casas de empeño. Los paseos por salones de moda o tiendas de modista, de todos modos, se encontraban abiertos a mujeres que aun sin tener capacidad de compra, podían admirar las novedades ofrecidas, como en el caso de la cronista de *Álbum de Señoritas*.

El consumo de vestuario implicó para distintas mujeres ceñirse a diferentes mandatos. Mujeres que contaron con una posición social destacada y participación en la gestión política estatal, como Mariquita, tuvieron que mantener las apariencias en momentos de vaivenes de la propia economía, invirtiendo en nuevos trajes al vender los viejos. Mujeres trabajadoras pobres, pardas, morenas, mestizas, procuraron llevar la propia ropa aseada, conscientes de que el uso de prendas nuevas o elegantes podía acarrear sospechas de robo. En las calles, plazas y mercados, las ropas de las mujeres fueron vistas y juzgadas por otros. Además de las habituales columnas traducidas de revistas europeas, algunos diarios sumaron regularmente notas en las que comentaban los excesos y defectos del vestuario femenino. El énfasis puesto en subrayar estas normas tácitas en notas periodísticas probablemente fuera un indicio de las tensiones y ansiedades que despertaba la ocupación del espacio público de manera creciente por parte de distintas mujeres.

Arreglos laborales en tiendas de modista

La avidez por el gusto parisino incidió en las posibilidades de modistas de ese origen para instalar tiendas de modas en la ciudad. Hacia 1851, la francesa María Gilles se encontraba al frente de su tienda en la calle Perú 107. Acababa de separarse de su marido, quien había sido declarado en quiebra y sometido a concurso de acreedores³⁹. Monsieur Gauthier, junto con su socio Isnardi, llevaban el negocio de una casa de importación de paños franceses en el centro de la ciudad, la cual seguramente surtía de géneros la tienda de la modista. Su establecimiento funcionaba en un local alquilado, el cual era a la vez sitio laboral y de morada de la mujer. El espacio de trabajo era una habitación amplia con puerta a la calle, que contaba con dos grandes ventanales que funcionaban como vidriera, permitiendo que quienes pasaban por allí contemplaran su trabajo. La tienda tenía un mostrador con sus cuatro libros contables, una mesa de trabajo para cortar y coser, un espejo para que las clientas pudieran verse de cuerpo entero, tres lámparas de gas para iluminar el lugar y un armario de cedro y otro de pino donde se exhibían las prendas de ropa y se guardaban los paños. En 1854, María tuvo que declararse en quiebra, al no poder hacer frente a las deudas que había contraído. En sus libros, la modista listó minuciosamente sus créditos pasivos y activos. Allí quedó registro de que Gilles adeudaba \$604 de salario a la señora Del Valle, una trabajadora oriunda de Montevideo, quien figuraba como “modista obradora”⁴⁰. En el censo de 1855, Margarita Del Valle aparecía residiendo en la calle Corrientes en una vivienda colectiva junto a otras costureras como ella. Gracias al estudio de Nelson Pierrotti sobre el artesanado de la ciudad de Montevideo sabemos que se conocía allí como “obrador” al taller artesanal, denominación hispánica de uso corriente en el siglo XVIII⁴¹. Esto permite pensar que se trataría de una mujer formada en el oficio, destinada al trabajo en el taller, probablemente, en tareas de corte y costura. ¿Sería el espacio de morada de

³⁹ Ver AGN TC, 1851 - Concurso de Gautier e Isnardi.

⁴⁰ AGN, Tribunal Comercial, 1854 - Concurso de Doña Maria Gilles, f.1.

⁴¹ Pierrotti, op.cit., p. 107.

Margarita también un pequeño taller? De ser así, tal vez la mujer hubiera recibido prendas para coser de parte de la modista Gilles.

Existían otros arreglos laborales en tiendas de modista en los que las artesanas en cuestión aparecían al frente de su tienda, contratadas por empresarios de la ciudad. Algunos años antes de la quiebra de María Gilles, en septiembre de 1850, el comerciante francés Juan Blumstein se dirigió al Tribunal de Comercio de la ciudad de Buenos Aires. Su intención era denunciar a la modista, de origen francés como él, Florentina Ortelieb, quien le adeudaba 36 mil pesos moneda corriente que Blumstein le había prestado para que pudiera abrir su tienda de confección de vestimenta femenina⁴². Dicha tienda se encontraba en la calle Victoria número 5, frente a la Plaza de la Victoria. Dos días después, el 30 de septiembre, un grupo de nueve comerciantes, entre los que se contaba Blumstein y otros vendedores de paños y accesorios importados, resolvieron iniciar un juicio de acreedores en contra de Ortelieb por las diferentes deudas impagas contraídas por la artesana. El remate de las existencias de la tienda ascendió a 32 mil pesos moneda corriente, de los cuales Blumstein recibió 8 mil. Poco después de dividir el dinero entre todos los acreedores, dos de ellos, Gautier y Marott, protestaron, alegando que la modista se encontraba trabajando en una nueva tienda de propiedad de Blumstein, ubicada en la calle Representantes, 91 y 1/2. De acuerdo a ellos, era "*(...) bien público y notorio que (Blumstein) ha sido habilitador de Doña Florentina Ortelieb desde los momentos en que vino de Francia con él*"⁴³.

En las palabras de los acreedores se ponía en evidencia que la modista había llegado al país a través de sus contactos con el empresario. Blumstein había facilitado su ocupación en una ciudad en la que la moda francesa tenía de todos modos clientela asegurada.

El 23 de diciembre la mujer acudió al Tribunal convencida de que la denuncia de sus acreedores era "falsa y enteramente innecesaria" y argumentó que "*si ellos*

⁴² AGN, Tribunal Comercial. 1850 - ORTELIUB, Florentina concurso de acreedores de. y ORTELIUB, Florentina concurso de.

⁴³ AGN, Tribunal Comercial, 1850 – Concurso de Florentina Ortelieb. F.15. El resaltado es mío.

hubiesen investigado lo q dicta el buen sentido se habrían convencido de q todo lo q existe en la expresada tienda no me pertenece en lo más mínimo (...)”.

Seguidamente, Florentina señalaba que todas las pertenencias de la tienda habían sido compradas en remate público por Blumstein, quien “conmovido de la miseria” de su sexo y de su “lamentable situación” intentó favorecerla, empleándola para administrar la tienda, obteniendo una pequeña comisión por las ventas que hiciera. Desconociendo que la demanda había sido iniciada por el mismo Blumstein, la mujer acusaba a los demás acreedores de haberla afligido, llevándola a la completa ruina, buscando privarla de “recibir amparos de caridad” en su desgraciada posición. Un análisis de tal expediente permite obtener pistas acerca de los diferentes momentos y cambios de parecer de las personas implicadas. Es posible que la voluntad del empresario de demandar a la modista por no cumplir con el pago del préstamo inicial que permitió instalar la tienda fuera legítimo. Luego, tal vez a través de sus propios contactos comerciales, Blumstein hubiera llegado a conocer que existían deudas con otros comerciantes proveedores de materia prima y artículos que Ortelieb vendía en la tienda, la que además era su lugar de morada. En un mismo movimiento, el francés pudo haber actuado como acreedor para retener algo del dinero invertido, al tiempo que tal vez conservaba herramientas y existencias de la tienda para equipar el nuevo espacio de trabajo donde colocaría a la modista. El segundo arreglo laboral era lo que en la época se conocía como “habilitación”: la mujer vendía a cambio de reservar para sí una comisión del total de los ingresos de la tienda. Quizás la deuda preexistente tomara a partir de entonces la forma de un acuerdo de trabajo mucho más beneficioso para el empresario que para la modista.

El 24 de marzo de 1855 un aviso fue publicado en *El Nacional* por otra modista francesa Elisa Nadaud, conocida como Madame Nadaud. Allí anunciaba a sus clientas que su tienda se había mudado desde la calle Representantes 33 1/2 a la calle Federación nº 4. Fue en ese domicilio que quedó registrada en el censo de aquel año. Era una tienda pequeña en la que sólo se encontraban Elisa, de profesión modista y su

esposo Leon Nadaud, francés como ella, quien declaraba ocupación de dependiente en ese establecimiento. Elisa tenía 23 años y su marido, 30⁴⁴. ¿Por qué tuvo lugar la mudanza? ¿Qué pistas sobre los arreglos de trabajo pueden encontrarse al indagar en ese episodio? Elisa Nadaud era una de las modistas que aparecía listada en el *Anuario General de Comercio e Industria*⁴⁵. Al igual que otras artesanas, publicó avisos clasificados ofertando sus servicios en las páginas finales de *El Nacional*⁴⁶. En 1854, su marido suscribió un contrato con el empresario Juan José Mendez por el cual le entregaba por “vía de habilitación la tienda de modas calle representantes 33 1/2 para que la dirija y haga fructificar con su trabajo y el de su sra.”⁴⁷. Tiempo después, Mendez demandó al dependiente por haber incurrido en deudas más allá de lo pactado, razón por la cual daba por terminado el contrato de habilitación y procedía por la vía judicial a realizar la liquidación del establecimiento. En el inventario de existencias que se realizó reconocemos cómo estaba compuesta la tienda original de la modista en la calle Representantes: tres mesas, dos espejos, cuatro quinqués para iluminar el espacio y una cantidad de cajas de cartón en las que el dependiente guardaría las gorras que su esposa confeccionaba y vendía, las cuales eran una de las especialidades de Elisa⁴⁸. Al realizar la contabilidad final del negocio antes de que el matrimonio francés tuviera que mudarse, también se revisaron los créditos activos y pasivos de la casa. El empresario alegaba que una serie de gastos que habían hecho los Nadaud debían correr por cuenta suya, como por ejemplo, el conchabo de la costurera Henriette, a la que se le habían pagado \$300 y además se le había dado un quitasol por valor de \$40 también en calidad

⁴⁴ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de Catedral al Sud, Cuartel 4º, cédula nº11. <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:3SHT-6XQC-2Q7?i=10&personUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AMW3Y-B1X>

⁴⁵ Bernheim, Alejandro. *Anuario General del Comercio, la Industria, de la Magistratura y de la Administración de Buenos Aires. 1854 - 1855*. Imprenta del British Packet, p.59.

⁴⁶ Ver avisos en *El Nacional*, 25/10/1854, p. 4 y 24/3/1855, p. 3.

⁴⁷ AGN, Tribunal Comercial 1854 - Don Juan Jose Mendez contra Don Leon Nadaud sobre liquidacion de una habilitación, f.1.

⁴⁸ AGN, Tribunal Comercial 1854 - Don Juan Jose Mendez contra Don Leon Nadaud sobre liquidacion de una habilitación, f.6.

de remuneración⁴⁹. En aquel momento, se encontraban en las páginas del diario avisos clasificados de oferta y de demanda de trabajadoras como Henriette para tiendas de modistas⁵⁰.

Al igual que lo observado en sastrerías y roperías, el convenio por el cual la modista Nadaud estableció su tienda era un arreglo en el que un empresario entablaba un vínculo laboral y comercial con una artesana y su marido, quien oficiaba de dependiente. Era él y no ella, pese a la jerarquía en el oficio de Elisa, quien suscribía el contrato con el empresario. A su vez, como en el caso de la tienda de María Gilles, existía la posibilidad de subcontratar trabajadoras de la aguja, quienes percibían como paga tanto dinero como artículos del establecimiento.

¿Qué otras ocupaciones era posible encontrar en una tienda de modista? Las maestras en el oficio se ocuparían de medir clientas y cortar los géneros. No obstante, eran escasas las modistas que se anunciaban ofreciendo sus servicios de cortadoras, en comparación con la abundante oferta masculina de cortadores. Durante la década de 1850, sin embargo, algunas modistas daban la pauta de que el corte y la costura eran dos tareas diferenciadas, las cuales requerían habilidades específicas, dentro del proceso de trabajo artesanal. En diciembre de 1855, una modista francesa avisaba que “corta y cose vestidos y toda clase de manteletas”⁵¹. Dos años después, otra modista, Madame Emilia, publicaba unas líneas en las que comentaba haber dejado la costura pero continuar dedicándose al corte y preparación de indumentaria femenina⁵². Recién hacia 1865, una mujer publicaría sus servicios anunciándose como “cortadora de vestidos”⁵³

En tiendas de mayor tamaño, la modista organizaba el trabajo coordinado de un

⁴⁹ AGN, Tribunal Comercial 1855 - Don Juan Jose Mendez contra Don Leon Nadaud por cobro de pesos en una cuenta, f.1.

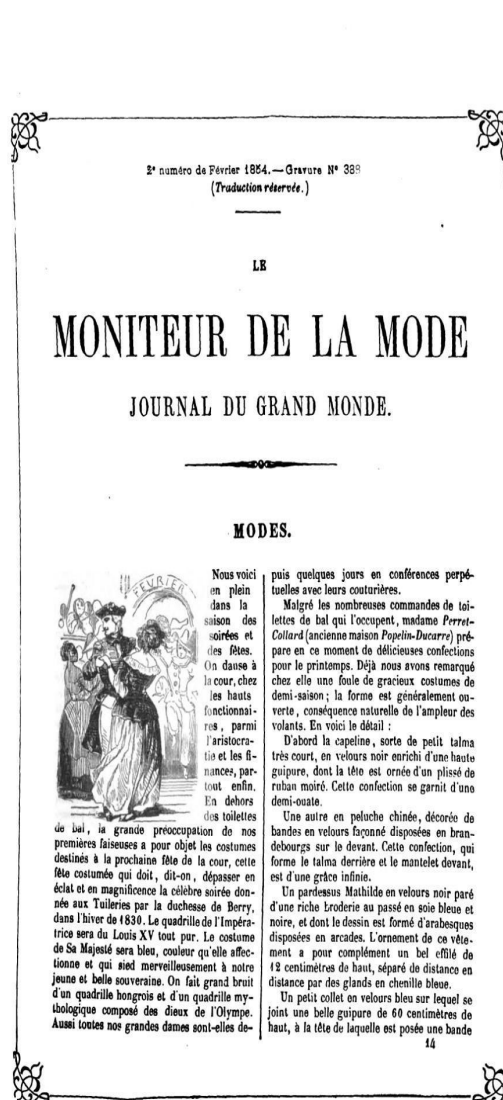
⁵⁰ Ver por ejemplo *El Nacional*, “Costurera. Se necesita una en la calle del Perú 159, allí mismo se cose toda clase de ropa para señoras y niños”, 11/12/1854, p. 3; “Modista. Una señorita estrangera que sabe perfectamente el oficio de modista y la obra de sastrería desea encontrar con alguna señora modista una colocación”, 9/5/1855, p. 3; “Se ofrece una costurera y modista alemana para tomar servicios de una casa alemana o inglesa por mes”, 27/6/1855, p. 3; “Se desean dos costureras de vestidos, calle del Parque 89”, 15/12/1857, p. 3

⁵¹ *El Nacional*, 14/12/1855 p.3.

⁵² *El Nacional*, 25/4/1857 p.3.

⁵³ *El Nacional*, 11/5/1865 p.3.

conjunto de oficialas que ejercían su trabajo en el espacio del taller. En el año 1855 se instaló en el piso de arriba de la *Sastrería Española* de Paladio Sanglás de la calle Perú, una modista francesa que contaba con renombre internacional. Era una de las artesanas mejor reputadas de París en la época, y prueba de ello era su mención regular en la popular revista de tendencias y figurines coloreados, *Le moniteur de la mode. Journal du Grand Monde. Modes, littérature, beaux-arts, théâtres* (ver imagen debajo).



En octubre de ese año publicó un aviso íntegramente en francés para auspiciar su nueva tienda⁵⁵ y muy pronto comenzaría además a demandar por costureras y niñas para aprender⁵⁶. En su espacio de trabajo, compartía la labor cotidiana con Josefina Adam, una modista también francesa, de 27 años de edad, que había arribado a la ciudad junto con Perret-Collard⁵⁷.

En la tienda de la modista francesa Eugenia Jahanolt, que lindaba con la sastrería del artesano Sanglas, otras dos modistas aparecían trabajando junto con ella⁵⁸. En el censo de 1855, mientras Jahanolt, de 35 años, figuraba como inquilina principal, tanto Delphine Crapons, de 30, como María Chevallier, de 20, aparecían como "dependientes" en relación a Eugenia⁵⁹. Esto podía ser indicio de que las dos últimas no estarían en igualdad de condiciones con Jahanolt, quien aparecía como encargada de la tienda en los avisos publicados y probablemente fuera la empleadora de aquellas

⁵⁴ *Le Moniteur de la Mode*, 1854, p.157. Disponible en Google Books: <https://play.google.com/books/reader?id=cNBAAAACAAJ&pg=GBS.PA102&hl=es&printsec=frontcover>. Acerca de esta publicación editada en París: aunque se reconoce su origen como magazine de modas en 1843, comenzó su publicación en 1839, promoviendo los productos de una tienda de tejidos. Cuatro años después, se comienza a editar como revista literaria incorporando diversas secciones, una de ellas, dedicada a la moda. La gran aceptación de "Le Moniteur de la mode" se debió, sobre todo, a la calidad de los grabados a cargo de Jules David, su ilustrador exclusivo durante cincuenta años. Extraído del sitio Vestuario Escénico, consultado el 12 de febrero de 2021. <https://vestuarioescenico.wordpress.com/2017/03/09/le-moniteur-de-la-mode-jean-baptiste-david-y-la-moda-en-su-entorno/>

⁵⁵ *El Nacional*, 9/10/1855, p.3.

⁵⁶ Ver avisos publicados por la modista en *El Nacional*, 9/10/1855, p. 3; 17/10/1855, p. 3; 27/3/1856, p.3; 24/4/1856, p. 3; 27/3/1856, p. 3; 27/4/1856, p.3; 12/5/1856, p.3; 20/10/1856, p. 3; 4/11/1856, p.3 y 26/11/1856, p.3; 12/1/1857, p. 3; 23/4/1857, p. 3

⁵⁷ Censo de Población de Buenos Aires, 1855. Parroquia de San Miguel, Cuartel 12°, cédula censal 184. <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6SF3-YPZ?i=183&cc=1469065>

⁵⁸ Avisos de la modista Eugenia Jahanolt en *El Nacional*, 24/10/1854 y 25/10/1854. p. 4.

⁵⁹ Censo de Población de 1855, Parroquia de San Miguel, Cuartel 12°, cédula 185 <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:S3HT-6SF3-R36?i=184&cc=1469065&personUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AMWQ9-FC6>

mujeres. Catorce años más tarde, María Chevallier aparecería trabajando como modista en su propia tienda, junto con su hermana, en la zona céntrica de la ciudad⁶⁰.

El trabajo cotidiano

¿Cómo se organizaría la labor diaria en el taller? En agosto de 1856, aparecían publicadas las impresiones de un periodista luego de haber acompañado a una amiga a la tienda de una afamada modista de la ciudad⁶¹. ¿Se trataría tal vez del taller de Madame Perret-Collard? Escribía al respecto el cronista que:

“En su taller hay multitud de oficialas colocadas alrededor de una gran mesa, sobre la cual colocan sus trabajos de coser y su labor. Entre aquellas muchachas, las hay de todas nacionalidades, las hay feas, las hay bonitas. Es un conjunto de Evas que hacen pecar Dios sabe a cuántos pecadores. (...)”⁶²

En este taller una modista coordinaba el trabajo de un conjunto de trabajadoras de la aguja. Se aludía a ellas como “oficialas”, dando cuenta de que eran mujeres ya formadas y entrenadas en el oficio. Al hacer mención a sus múltiples nacionalidades, se enfatizaba además su belleza y supuesta propensión al pecado, lo que anudaba sentidos morales sexuados en el examen de este tipo de trabajo femenino.

La costura era hecha a mano y tenía lugar sobre una gran mesa de labor colectiva. Esto permite afirmar que, pese al registro del ingreso de máquinas de coser en el año 1854⁶³, aún no estaba difundida su presencia en talleres de confección de indumentaria de cierto renombre. Puede que ocurriera lo que Judith Coffin señalaba para el caso francés: las máquinas de coser existentes en las décadas de 1850 y 1860 rompían las telas de calidad, por lo cual dentro de los talleres de las casas de alta costura casi todas las producciones eran cosidas a mano (COFFIN, 1996: 62). Tal vez cada una de ellas trabajaría sobre una prenda individual o, de operarse una división del proceso

⁶⁰ María y Francisca Chevallier, calle Victoria 176. Transcripción de cédula censal de Primer Censo Nacional de 1869 en Gonzalez Bonorino, 2005: 99 Disponible online https://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/documents/la_ciudad_de_ba_y_sus_habitantes.pdf

⁶¹ Una primera versión reducida de este apartado puede encontrarse en mi tesis de licenciatura: Gabriela Mitidieri, *op.cit.* p.83-84.

⁶² *El Nacional*, 2/8/1856, p.2.

⁶³ *La Revista del Plata*, abril 1854, citado en Romero, y Sabato, 1992: 204.

de trabajo, la gran mesa de labor cumpliría la función de facilitar la proximidad de cada una de ellas, y luego de coser una pieza, la compañera contigua proseguiría con la costura de otra pieza de la misma prenda. Es factible que esta fuera la organización del trabajo en otros espacios de trabajo de costura, aunque tal vez el reparto de tareas fuera aquí más horizontal entre las trabajadoras que en espacios de trabajo mixto, donde además del respeto a la jerarquía del sastre que organizaba la producción, existía un rol clave y bien remunerado de aquel artesano encargado del corte. En el taller visitado por el cronista de *El Nacional*, las herramientas eran compartidas por las trabajadoras. Las horas dedicadas a la labor en el taller resultaban cansadoras y las mujeres no se privaban de expresarlo.

Una modista que auspició su trabajo a lo largo del período estudiado fue Madame Victorina Jammes. Desde 1851 contaba con una tienda en la calle Victoria n° 47⁶⁴. Su fuerte fue la venta de artículos importados de París, los cuales llegaban a su tienda a través de las transacciones en el exterior de las que se ocupaba su marido, el empresario Fernando Jammes⁶⁵. Gracias a sus avisos, que aparecieron regularmente durante la década de 1850, y a que pudo costear uno que incluía una pequeña ilustración del frente de su tienda, podemos hacernos una idea de cómo se vería la fachada de su negocio⁶⁶. Dos vidrieras, un primer piso con ventanas y balcones y un gran cartel que anunciaba las Modas de París que se encontrarían en su interior.

⁶⁴ AGN, X 27-2-2 Padrón de los Establecimientos de las diversas casas de comercio, industria y profesión que pagan patente en la sección 4ta de Policía en el presente año de 1851 f.37

⁶⁵ Ver AGN, TC 1851 - Wedekind y compañía en representación de Schalepter Sachallater y Kiutemer contra Don Fernando Jammes por cobro de cantidad de pesos.

⁶⁶ Ver anuncios de Madame Jammes en *El Nacional*, 7/3/1855, p. 3; 13/4/1855, p. 3; 15/3/1856, p.3; 12/11/1857, p. 3; 18/3/1858, p. 3; 14/4/1858, p. 3; 3/11/1858, p. 3; 12/4/1859, p. 3; 19/9/1859, p.3; 13/3/1860 y aquel con ilustración del 23/6/1860.



El Nacional, 23/6/1860

En el *Anuario de General de Comercio* de 1854, otra modista francesa, Madame Reine, aparecía listada como la responsable de la fábrica de corsés en la calle Perú n°4⁶⁷. Ese mismo año, publicaba un aviso en el diario *La Tribuna* en el que avisaba a sus clientas que acababa de montar “un aparato para limpiar los corsées por medio del vapor”. También anunciaba que se ocupaba de las reparaciones de los que le fueran remitidos⁶⁸. Tres años más tarde, la mujer demandaba una costurera en el diario *El Nacional*⁶⁹ y hacia fines del año 1860 volvía a hacerlo. En esta oportunidad la costurera en cuestión además de ser buena en las labores de la aguja debía ser inteligente para ocuparse de la venta de los artículos de la tienda⁷⁰. Esto implicaría dominar habilidades que en la época solían demandarse a jóvenes dependientes en roperías y sastrerías.

⁶⁷ Alejandro Bernheim, *Anuario General del Comercio, la Industria, de la Magistratura y de la Administración de Buenos Aires*. 1854 - 1855. Imprenta del British Packet, p.74.

⁶⁸ *La Tribuna*, 18/9/1854, p.3.

⁶⁹ *El Nacional*, 15/9/1857, p.3.

⁷⁰ *El Nacional*, 10/12/1860, p.3.

Durante las décadas de 1850 y 1860, las tiendas de modista fueron una presencia constante en la zona céntrica de Buenos Aires. Las formas de llevar adelante el negocio y de organizar el trabajo cotidiano, no obstante, variaron detrás de las distintas fachadas de sus locales. Artesanas por cuenta propia, modistas trabajando para un empresario, mujeres que compartían el negocio con sus maridos, quienes respondían ante un socio mayoritario, fueron modalidades posibles de iniciar el proyecto de tienda. A su vez, la labor del taller implicó la contratación ocasional o permanente de otras trabajadoras de la aguja, costureras o mujeres ya formadas en el oficio de modistas. La remuneración podía realizarse tanto en dinero como en artículos de la tienda. En algunas de esas tiendas, niñas tomadas como aprendizas contribuyeron con el trabajo diario.

Aprendizas

Mujeres europeas formadas en el oficio se dieron la tarea de entrenar niñas y jóvenes, locales y extranjeras. Existieron pedidos de aprendizas publicados por modistas en el diario y también padres y madres que buscaron por los mismos medios ubicar a sus hijas bajo la tutela de una modista para que aprendiera el oficio⁷¹. “(...) Se precisa una niña para enseñarla a coser”⁷² o “una niña que entienda un poco el oficio de modista”⁷³, son algunos de los avisos similares a los publicados insistentemente por Mme. Perret-Collard durante 1856. La mención a “entender un poco el oficio”, haría referencia a las habilidades de costura que algunas niñas habrían aprendido en sus casas, junto a sus madres o hermanas mayores o en las escuelas para niñas de la ciudad.

El oficio de modista -como el de sastre- implicaba dominar habilidades complejas. La capacidad de tomar medidas de clientas, elaborar un molde, es decir, trasladar a un plano de dos dimensiones los diferentes volúmenes que componían un traje, cortar de manera apropiada los géneros para aprovecharlos en su totalidad,

⁷¹ “Se desea colocar una niña de edad de 12 años para aprendiz en una casa de modista. La persona que la necesite ocurra calle Federación 225, frente a la Botica del Indio”, *El Nacional*, 5/12/1855, p. 3.

⁷² *El Nacional*, 5/10/1859, p.3.

⁷³ *El Nacional*, 10/4/1856, p.3.

dominar los diferentes puntos y realizar costuras prolijas, incluso perfeccionar el arte del bordado para las terminaciones de obras finas, eran todos conocimientos que sólo dentro del entrenamiento artesanal podían llegar a conocerse⁷⁴. Para un mismo período al aquí analizado, la historiadora Alana Mc Knight reconstruyó que en la ciudad de Toronto, el aprendizaje del oficio de modista implicaba transmitir habilidades necesarias para poder llegar a dirigir un taller propio, o bien lograr ser una trabajadora remunerada al servicio de otra modista. Se les enseñaba a coser, leer, escribir y llevar la contabilidad del negocio. También solían ejercitarse en tareas tales como coser en línea recta, cortar hilos y hacer mandados para la artesana. Antes de 1840, tanto en Canadá como en Inglaterra, padres o madres debían pagar una tarifa por el privilegio de aprender un oficio. Dicho monto debía cubrir el costo del alojamiento, así como la educación específica que la niña recibiría. En Inglaterra, niñas de 12 a 14 años debían permanecer bajo la tutela de la maestra entre 2 y 5 años llevando adelante tareas sencillas, previo a acceder al entrenamiento de habilidades más complejas de costura (Mc Knight, 2018: 61). La historiadora Marla Miller señaló que en lugares en los que no había una corporación establecida de artesanas del oficio, era difícil precisar los pasos que debía seguir el proceso de aprendizaje. Era probable que en esos casos se tratara de una comunidad de práctica en la que el propio quehacer cotidiano sirviera de entrenamiento para las niñas que se encontraban bajo la tutela de una maestra modista. Dicho quehacer podía comprender un primer momento de realizar mandados, mantener el orden y la tienda limpia, clasificar y organizar insumos y herramientas. Luego aprenderían tareas más sofisticadas como medir clientas, anotar dichas medidas en bocetos que determinarían las formas y tamaños de las piezas de la prenda. Entre tanto, se practicaban distintos tipos de puntos y costuras, desde el hilván hasta los ojales. Sólo al terminar el aprendizaje, y no en todos los casos, las aprendizas ganaban acceso al arte

⁷⁴ Ver el caso de la costurera Milagros de Soria a fines de siglo XIX en Buenos Aires, analizado por Marcela Nari: "Finalmente, debió pedir prestado dinero a su hermano para poder aprender el oficio en un taller de confección. Es decir, entre la costura "casera" para la familia y la costura para el mercado existía un salto importante de calificación no reconocido.". Nari, 2001:8.

de cortar géneros para la elaboración de prendas, que constituía el corazón del oficio de modista y de sastre (Miller, 2003: 759). ¿Sería este el caso de las jovencitas que ingresaban como aprendizas en Buenos Aires? Tal vez, es posible que sólo ciertas habilidades fueran enseñadas y no siempre ni necesariamente las muchachas salieran del taller convertidas en maestras. A su vez, el ingreso a un taller de modista les proveía a niñas y jóvenes la cobertura de sus gastos de manutención como forma de pagar sus horas de trabajo no profesional. Permanecer en el taller les abría la puerta a un mundo de contactos que podrían hacer viable la subsistencia en el tiempo a través de la costura. La experiencia de Madame Ana Zimmerman que dio inicio al artículo habilita la posibilidad de rastrear en el tiempo no solo la continuidad de su tienda, sino también la gradual formación como modistas de tres jovencitas. Eugenia, Leocadia y Adela, quienes en 1855 fueron registradas como hija, sirvienta y costurera respectivamente, declararían oficio de modistas en el Censo de 1869.

Conclusiones

A lo largo de la presente pesquisa busqué poner el foco en diversas iniciativas de modistas en la ciudad para establecer sus tiendas y organizar el trabajo diario en la confección y venta de prendas elegantes. Para hacerlo, comencé por describir un conjunto de prácticas ligadas al consumo de vestuario por parte de distintas mujeres de la ciudad en el período estudiado. Quise mostrar el modo en el que relaciones de clase, raza y género incidieron en tales prácticas. El ideal de vestir “a la última moda de París” sólo fue accesible para unas pocas, quienes contaron con el poder adquisitivo como para costear los servicios de las modistas, o pudieron valerse de estrategias tales como vender antiguos vestidos y comprar nuevos con el dinero obtenido. Ese ideal fue reforzado no solo por aquellas que efectivamente pudieron vestirse de manera elegante, sino también por habituales menciones en la prensa acerca de la moda parisina y por la proliferación de tiendas de modas, que permitían contemplar y admirar vestuarios y accesorios sin necesidad de comprarlos.

En ese contexto de avidez de elegancia, modistas francesas pudieron llevar adelante sus tiendas. Existieron establecimientos que se limitaron a ofertar artículos importados, mientras que la mayoría combinó la venta de dichas prendas traídas del exterior con la confección de vestuario a medida. Se estilaba poner a disposición de las clientas revistas europeas, que traían patrones y figurines, y permitían emular los trajes usados por las elegantes de ese continente. Aunque esto tenía el inconveniente del desfase propio de la diferencia de estaciones entre los hemisferios o como señalaba el *Álbum de Señoritas*, tener que vestirse "en Diciembre por los figurines de Agosto"⁷⁵. La búsqueda de consumo elegante contribuyó a que algunas de las modistas aquí nombradas pudieran mantener abierto su emprendimiento por años.

Detrás de las fachadas que prometían el más fino lujo francés, las modistas buscaron organizar el trabajo cotidiano de diferentes formas. Aunque era el nombre de la artesana en cuestión el que identificaba la tienda, distintas personas solían ser parte del equipo laboral estable del lugar. Algunas mujeres administraron los establecimientos por su cuenta. En tales situaciones, habría una buena cuota de auto-explotación, tal vez el aporte ocasional de trabajadoras estacionales o niñas aprendizas que se entrenarían en el oficio trabajando en el taller. Otras veces, dirigieron el taller de confección contratadas por empresarios de la ciudad, quienes solían equipar el local y obtener las dos terceras partes de los ingresos netos de la tienda. En ocasiones, hubo artesanas que compartieron el local con otras mujeres formadas en el oficio, con parientes que oficiaron de dependientes, o que contrataron trabajadoras de manera regular. Cuando se trataba de tiendas-talleres de grandes dimensiones, era posible observar una organización del trabajo como aquella descrita por el cronista que visitó junto a una amiga el establecimiento de una afamada modista de la ciudad. Un conjunto de mujeres formadas en el oficio se abocaba al trabajo de costura alrededor de una gran mesa, compartiendo las herramientas e intercambiando pareceres sobre lo cansador de la labor. Mientras tanto, la maestra modista dirigía la actividad, corroboraría la calidad de

⁷⁵ Manso Juana, *Álbum de Señoritas. Literatura, modas, bellas artes y teatros*. Tomo 1, núm. 1, 1/1/1854, p. 5.

la hechura y se encargaría de que la charla femenina no ralentizara el trabajo diario. En el período estudiado, todavía la máquina de coser no formaría parte de las herramientas existentes en talleres de modista de Buenos Aires.

Conforme avanzaba el período, los servicios de modista fueron perdiendo el protagonismo que detentaron durante la década de 1850 como proveedoras exclusivas de elegancia para las porteñas ante la aparición de novedosas tiendas departamentales. Tal situación se puso de manifiesto en la gradual desaparición de sus avisos en las páginas del diario. No obstante, me interrogué por la existencia de aprendizas en las décadas de 1850 y 1860 y por la forma en la que habrían sido formadas en el oficio. Constaté que hubo jovencitas entrenadas por maestras artesanas, que a fines del período estudiado habían logrado establecer una tienda propia o declarar la ocupación de modistas. Esto me permitió poner de relieve que la experiencia del aprendizaje, además de aportar una cuota de trabajo infantil gratuito o barato al servicio de aquellas maestras artesanas, también implicó una formación concreta en el arte de confeccionar ropas.

En estas páginas, me propuse reconstruir el carácter distintivo de las trayectorias laborales de modistas en esta ciudad. Se trató de experiencias no exentas de dificultades, que implicaron en ocasiones vínculos de dependencia y que podían terminar en la quiebra económica de ciertas artesanas. Pero fue también un oficio que dotó de un halo de prestigio y distinción a aquellas mujeres que lo ejercieron, en particular cuando se trataba de modistas que podían tener -o aparentar tener- un origen francés. Estudiar la estabilidad de sus negocios, los arreglos laborales en los que se involucraron, la demanda periódica de costureras y aprendizas que publicaron en diarios de la ciudad constituye una oportunidad para pensar de manera compleja en la agencia e iniciativa de estas mujeres dentro del mercado de trabajo urbano en Buenos Aires en el siglo XIX.

Bibliografía

ARNOUX, Elvira. El caso de Anarda, esa única colaboradora del Álbum de Señoritas (1854) de Juana Manso. *Revista de Letras*, Rosario, 5, p. 69-77, 1998.

BATTICUORE, Graciela. *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución*. Buenos Aires: Edhasa, 2011.

COFFIN, Judith. G. *The Politics of Women's Work. The Paris Garment Trades, 1750-1915*. Princeton: Princeton University Press, 1996.

CROWSTON, Clare. Engendering the Guilds: Seamstresses, Tailors, and the Clash of Corporate Identities in Old Regime France. *French Historical Studies*, Durham, 23(2), p. 339–371, 2000.

----- *Fabricating Women. The Seamstresses of Old Regime France, 1675-1791*. Durham: Duke University Press, 2001.

CROWSTON, Clare. y LEMERCIER, Claire. Surviving the End of the Guilds: Apprenticeship in Eighteenth- and Nineteenth-Century France. En: Prak, M y Wallis, P. *Apprenticeship in Early Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2019, p. 282–308.

DI MEGLIO, Gabriel. El saqueo y la muerte. El día después de la batalla de Caseros en Buenos Aires. En: Di Meglio, G. y Serulnikov, S. *Historia de los saqueos en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI, 2017.

FIGUEIREDO SOUTO, Bárbara. *Mulheres e ideias impressas: Projetos feministas de emancipação em periódicos do Rio de Janeiro e Buenos Aires (1852-1855)*. Tesis doctoral en Historia. Universidade Federal de Minas Gerais, 2019.

HALLSTEAD, Susan. Modas y máscaras de la civilización: Juana Manso frente al consumo. *Saga. Revista de Letras*, Rosario, nº4, p. 75-119, 2015.

HALLSTEAD, Susan; ROOT, Regina. (comp.). *Pasado de moda. Expresiones culturales y consumo en la Argentina*. Buenos Aires: Ampersand, 2018.

INGALLS LEWIS, Susan. Business or Labour? Blurred Boundaries in the Careers of Self-Employed Needlewomen in Mid-Nineteenth-Century Albany. En: Harris, B. (ed.) *Famine and Fashion: Needlewomen in Nineteenth Century*. Londres: Routledge, 2005.

MC KNIGHT, Alanna. Dressmakers and Seamstresses in Toronto, 1834-1861". *Costume*, Edinburgo, 52.1, p. 48-73, 2018.

LEONARDI, Rosana; VAISMAN, Sara. *Los devenires de la indumentaria porteña. Buenos Aires, 1800-1852*. Buenos Aires: Diseño Editorial, 2017.

LETTIERI, Alberto. La prensa republicana en Buenos Aires: de Caseros a Pavón (1852-1861)”, *Secuencia*, ciudad de México, 61, p. 99-142, enero-abril 2005.

LOBATO, Mirta Z. La mujer trabajadora en el siglo XX: un estudio de las industrias de la carne y textil en Berisso, Argentina. En: Lobato M.Z. et al, *Mujer, trabajo y ciudadanía*. Buenos Aires: CLACSO, 1995.

----- *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Buenos Aires: Edhasa, 2007.

MARINO, Marcelo. Impresos para el cuerpo. El discurso visual del rosismo y sus inscripciones en la construcción de la apariencia. En Malosetti Costa, L. (ed.) *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina*. Buenos Aires: Edhasa, 2013, p. 19-46.

MILLER, Marla. *The Needle's Eye. Women and Work in the Age of Revolution*. Amherst: University of Massachusetts Press, 2006.

----- Gender, Artisanry and Craft Tradition in Early New England: The view through the eye of a needle- *The William and Mary Quarterly*, Williamsburg, vol. 60, N°4, p. 743-776, 2003.

MONTELEON, Joana *O circuito das roupas. A Corte, o consumo e a moda (Rio de Janeiro, 1840-1889)*. Tesis Doctoral. Programa de Pósgraduação em História Economica do Departamento de História da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo, Brasil, 2013.

MOREYRA, Cecilia. Cuerpos vestidos. Indumentaria femenina en Córdoba (Argentina), siglo XIX". *Arenal, Revista de historia de las mujeres*, Granada, 25:2, p. 501-527, 2018.

PASCUCCI, Silvana. *Evolución de los procesos de trabajo en la industria de la confección (1890-1940)*. Tesis de licenciatura en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 2006.

ROMERO, Luis.A.; SABATO, Hilda. *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires: Sudamericana, 1992.

ROOT, Regina. *Vestir la nación. Moda y política en la Argentina poscolonial*. Buenos Aires: Edhasa, 2014.

TRIANA MORENO, Diana P. *Entre artesanos e hijas del pueblo: costureras y modistas bogotanas, 1870-1910*. Tesis de pregrado, Escuela de Ciencias Humanas. Universidad del Rosario, Colombia, 2012.

VIALLI ÁVILA, F. *Las trabajadoras del hilo y la aguja. Vida, taller y oficio de las costureras en la Ciudad de México durante el primer tercio del siglo XX*. Tesis de maestría en Historia Moderna y Contemporánea. Instituto de Investigaciones “Dr. José María Mora”, México, 2020.

Fuentes editas y/o digitalizadas

AA.VV. (1855) *Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires*. Disponible en Google Books

https://books.google.com.ar/books/about/Registro_estadistico_de_la_Provincia_de.html?id=rU4zAQAAAMAAJ&redir_esc=y

AA.VV. (1854) *Le moniteur de la mode. Journal du Grand Monde. Modes, littérature, beaux-arts, theaters*. Disponible en Google Books

https://play.google.com/books/reader?id=_cNBAAAACAAJ&pg=GBS.PA102&hl=es&printsec=frontcover

Bernheim, A. (1855) *Anuario General del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración de Buenos Aires, 1854 - 1855*. Imprenta del British Packet. Disponible en

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Anuario_General_del_Comercio_de_la_Industria_de_la_Magistratura_y_de_la_Administraci%C3%B3n_de_Buenos_Ayres_1854-1855.pdf?uselang=es

Blondel, J.M. (1830) *Almanaque de comercio para la ciudad de Buenos Aires*, Imprenta Argentina. Disponible en <https://sas-space.sas.ac.uk/7342/>

González Bonorino, Jorge F. (2005) *La ciudad de Buenos Aires y sus habitantes a través del Catastro de Beare y el Censo Poblacional, 1860-1870*. Ed. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. Secretaría de Cultura, Gobierno de la Ciudad. Disponible online

https://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/documents/la_ciudad_de_ba_y_sus_habitantes.pdf

Sánchez de Thompson, Mariquita (2010) *Intimidación y política. Diario, cartas y recuerdos*. Edición crítica de María Gabriela Mizraje. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Sánchez de Mendeville, María, *Cartas a Florencia Thompson de Lezica*, disponible online en <https://biblioteca.org.ar/libros/8710.pdf>

Sánchez de Mendeville, María, *Cartas a Florencia Thompson de Lezica / 1839-1843*, disponible online en <https://biblioteca.org.ar/libros/8711.pdf>